

LIBROS Y NOMBRES DE CASTILLA-LA MANCHA

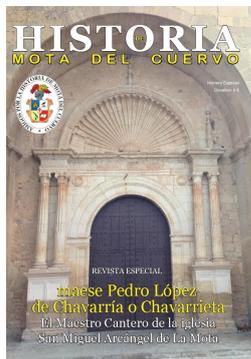
Año IX/ nº 354 entrega

1 de julio de 2018



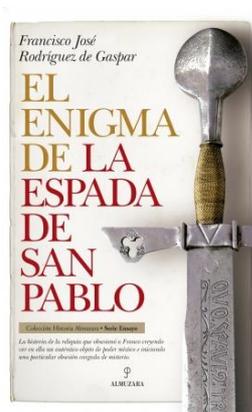
Valero y su historia de

Puertollano



Historia de Mota del

Cuervo



La espada de san

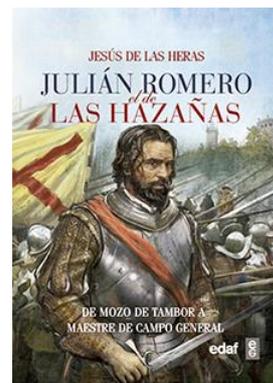
Pablo



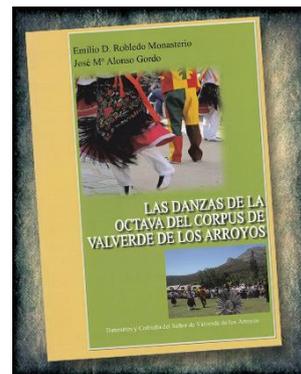
El cerro del Bu



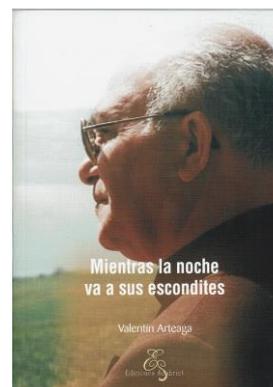
Iglesia



Julián Romero, el
de las hazañas



Danzas populares
en Valverde de los Arroyos (GU)



Arteaga

Poemas de Valentín



Manuel Valero

El esplendor y la ira

Eds. Puertollano, 2018

Valero bifronte

Hay quien ante la denominación de este texto sobre Manuel Valero, denominado como Valero bifronte, se preguntará si no debería haberse llamado mejor como Valero tetrafronte. Toda vez que ante el último trabajo de Manuel Valero *El esplendor y la ira*, se cierra un extenso ciclo sobre el Puertollano que le vio nacer en 1954, y que en su elaboración y escritura se remonta a unos orígenes en torno a 1852. Ciclo novelístico que se iniciara en 1999 con *Balneario*, proseguiría en 2002 con *La tierra negra*, avanzaría en 2006 con *Ultramar* y que cierra ahora, en 2018, con la obra citada. Ciclo memorial que supone un esfuerzo inmenso por darle forma literaria a la memoria de su ciudad, que muta de Puertollano a Pueblo, a través de su propia escritura y de sus propios testimonios. Un “Pueblo que no es el Poblado”, y que no es enteramente

Puertollano. Esfuerzo que no se sí será agradecido por parte de sus paisanos, pero que, obviamente, deberá de ser reconocido como un empeño singular con pocos precedentes.

Una voluntad de memoria literaria como sólo ha desplegado episódicamente, Francisco Correal, y una estilización de la historia estructurada en cuatro obras, como hiciera García Pavón en su memorable artículo *Puertollano ciudad mestiza* de 1955, donde contraponía cuatro estampas argumentales a los tres iconos de Puertollano introducidos por Víctor De la Serna (*Peñarroya*, *Calvo Sotelo* y *Puertollano propiamente dicho*) en su trabajo *Por tierras de La Mancha*. Reportajes de viajes por España. Pavón establecía, de su mano y de su olfato, cuatro edades posibles sobre Puertollano: la de *Espiga*, la de *Agua*, la de *Carbón* y la de la *Pizarra bituminosa*. Estructura cuaternaria pavoniana visible en paralelo con la tetralogía de Valero sobre Puertollano camuflado como Pueblo. Incluso de las aguas y del carbón, ha tomado Valero argumentos para sus libros de 1999 y 2002. De igual forma que algunos ecos de *Los nacionales* de García Pavón escrito en 1977, como el viento leve de marzo de 1939 en el *Tomelloso final*, soplan en algunos cuadros sueltos del valeriano Pueblo a punto del final guerrero y memorial de victoria de 1939. Cuando los nacionales avanzan por El Valle, desde *Pozoblanco* y *Castuera* al centro minero de Pueblo, desde la *Estrella del sur* a la *Cruz del norte*. Y se disponen prestos al ajuste de cuentas con el pasado destrozado.

El carácter aludido de su escritura bifronte, podría ser enunciado desde su apostura periodística hasta sus hechuras novelísticas, de lo que ya escribí en estas páginas de *Miciudadreal*, hace justamente

tres años, bajo el título de Literatura y periodismo. Sin olvidar otros registros diversos que caminan desde el talante experimental a la vena poética, incluso en esa cuna de ensayos del folletón vertido desde 2013 en Miciudadreal, marcan las líneas de las escrituras valerianas. Carácter de su escritura bifronte que vendría además dictado por la particular singladura formulada en estos más de veinte años, dedicados a la construcción y fabulación de ese imaginario literario de Pueblo y el Valle.

Enclaves centrales del bloque narrativo valeriano durante los ciento veinticinco años que transcurren entre la llegada de Narváez a la casa de Baños y la muerte de Franco; donde las sagas familiares de los Montero, Infantes, Borrás y Albaniego trenzan un tiempo y definen un espacio cabal. Relato cuajado de hechuras realísticas que no eluden la incorporación de lo fantasmal y mágico en la figura ¿sobrenatural o hiperrealística? de La Arcángela. Figura de peso en el relato, mitad icono local, mitad fábula alegórica que planea sobre las vicisitudes de Pueblo y traza lecturas y adivinanzas. Proceso histórico-literario el referido que demanda unos recursos estilísticos concretos y perfilados, bien diferentes de los desplegados en otras escrituras, que han coexistido con la fundamentación y ensamblaje del orden literario de Pueblo. Me refiero, particularmente, a la vía poética de Veinte poemas desesperados y una canción emocionada (2013) y al ejercicio más experimental de Carla y el señor Erruz (2015) como novela doble o como ejercicio de escrituras sucesivas desplazadas.

Frente a estas posiciones estilísticas más libres, el despliegue formal del ciclo narrativo de Pueblo, se ahorma en el

modelo canónico de los Episodios nacionales de Pérez Galdós, al cual se remite Valero en sus declaraciones y reflexiones. Así si en la pieza inaugural Balneario, estamos en presencia de un asunto netamente novelesco del Puertollano de mediados del XIX, el avance de la escritura del proyecto literario de Pueblo dotará de ecos de crónica urbana y social al devenir del siglo XX. Crónica, Saga, Friso o Retablo para comprender el apareamiento de dos voluntades precisas: la de describir y la de inventar. La de la crónica histórica y la de la escritura misma.

Por ello Gómez Porro, en sus respectivos trabajos (A cielo abierto, 2002, y La tierra iluminada. Un diccionario literario de CLM, 2003) hablaba de Manuel Valero como narrador galdosiano y de sólida formación. También barojiano, podríamos decir, siguiendo la estela de la Lucha por la vida. Siendo estos dos autores los modelos narrativos visibles que se acomodan al asunto tratado, a los que el propio autor suma la lejanía rusa de Tolstoi. De igual forma que en Entre las balas (2010), que se sitúa en la guerra civil y en la inmediata posguerra, el modelo narrativo bebe tanto de Malraux, como de Hemingway, Max Aub o Arturo Barea. Y esta peculiar preocupación por la Guerra Civil, constatable en el gran espacio dedicado a sólo tres años del proceso, que ocupan 110 páginas del libro, nos trasladaría a otros tratamientos literarios de autores más próximos como Mendoza o Cercas que no renuncian a quites literarios en el fondo de una historia documentada crónica. Aquel con la presencia de José Antonio Primo de Rivera en Riña de gatos, que aquí comparece en francachela con David Montero en cafés madrileños, para organizar la pronta aparición de Falange Española en Pueblo; y éste con el

fantasmal Sánchez Mazas falsamente fusilado en Soldados de Salamina y aquí el fusilamiento cierto y a bocajarro del Indiano Montero por mano de Chinato, un peculiar minero de brega y empuje.

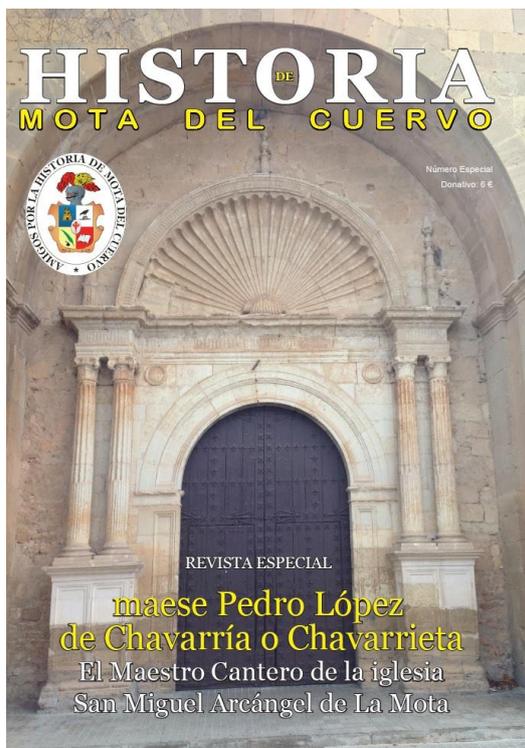
Ese proceso de la escritura bifronte, es incluso advertido por Manuel Juliá en su lejana recensión de Balneario, en el texto Médico de su fábula (2000), aunque referida la dualidad a características propias de la primera entrega del proyecto narrativo y el desempeño habitual de Valero en su profesión periodística. Donde indaga entre “el Valero columnista y el Valero novelista... que aspira a fundir lo caduco con lo permanente”. Dualidad de escrituras entre el periodismo y la novela, que se prolongan en la dualidad de personajes entre Luisito y Mestre. Como aquí comparecen, igualmente, los dos modelos de escritor en ciernes y formación y que prefiguran el cometido posterior de Manuel Valero en un viaje de la memoria a la escritura. Tanto Gregorio Luján Montero como Samuel Infantes, personajes o sombras personales, aspiran a la escritura de la crónica civil y familiar de las sagas a las que pertenecen y que quieren hacernos ver como sujetos literarios que ocupan el espacio de una novela. Sin ser ellos la voz narradora.

Finalmente, y en ese viaje de las escrituras posibles, en la obra anterior de Valero Carla y el Sr. Erruz (2015), lo novelesco ha ido cediendo espacio a lo literario, lo histórico a lo formal. Por lo que los modelos de escritura puestos en circulación ya serán otros. Como ya ocurriera tempranamente en Los cuentos de la Havana (1996) y su peculiar estructura entrevista por Egido y en donde aparece el mismo Valero como uno de los cuentistas que se añade a los cinco iniciales. Incluso la circularidad del lugar,

que se repite como presencia en alguno de ellos y que aquí en El esplendor y la ira aparece tardíamente. En Carla y el Sr. Erruz se repite la estructura abierta de un relato dual, con las preocupaciones literarias sostenidas sobre todo proyecto de escritura. Y es que este, es un texto con una gran preocupación literaria, como queda claro por la repetida obsesión sobre los problemas de la Literatura y su sentido en la sociedad.

Ahora Valero abandona en parte lo literario, para sumergirse, o volver a ello, en lo estrictamente novelesco de El esplendor y la ira. Aunque para ello, Valero antes tuviera que escribir como una mujer llamada Carla Vives, y Carla Vives tuviera que hacerlo como un joven llamado Hipólito Vozmediano. Y ahora Valero tenga que robarle el título de su novela al pintor Florencio Montero. Incluso Valero se vea obligado a copiar el texto elaborado por Gregorio Luján Montero, cronista oscuro de Pueblo, y llegado el manuscrito a manos de Samuel Infantes. Texto que Valero, en plan del manuscrito toledano de Cide Hamete Benengeli, quiere hacernos aparecer como un trabajo propio y otras veces como documento prestado. Un asunto este, de los manuscritos aparecidos o encontrados en Toledo o en Zaragoza, de larga estirpe literaria por el efecto doble de los espejos y sus reflejos, de las escrituras y de sus representaciones. Como el final mismo de El esplendor y la ira que no es sino el comienzo de Balneario. El final como el principio, o volver a empezar por el final.

José Rivero, en Miciudadreal.es
Periferia sentimental 19-6-2018



Enrique Lillo Alarcón

Maese Pedro López de Chavarría o Chavarrieta: El maestro cantero de la iglesia de san Miguel, de Mota del Cuervo

Revista Historia de Mota del Cuervo; junio 2018

La Asociación de Amigos de la Historia de la Mota del Cuervo, creada en 2009, es una institución formada por un grupo de entusiastas vecinos de esta población empeñados en dar a conocer su patrimonio histórico, cultural, etnológico y artístico. Para tan noble fin, desde 2014 sacan una revista, con el título Historia de Mota del Cuervo, de la que ya han salido quince o dieciséis números. Ahora, en 2018 sale uno extraordinario monográficamente dedicado por don Enrique Lillo, ingeniero industrial, pero apasionado por la investigación documental e histórica más

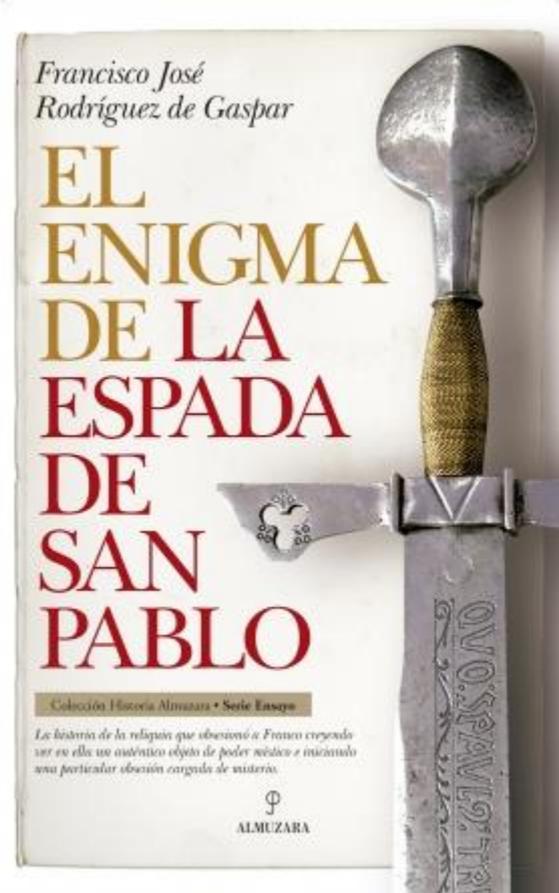
que muchos supuestos licenciados en estas disciplinas, al maestro cantero Pedro López de Chavarría o Chavarrieta y su obra en la iglesia de la localidad.

Precedido de un prólogo de Aurelio Pretel, que previamente ha estudiado la obra en Albacete de este mismo maestro, Enrique Lillo reúne las noticias que ya teníamos del maestro Pedro de Chavarría por Mateos y Sotos, el pionero, seguido por Cristina Gutiérrez Cortines y García Saúco, las de Pereda Hernández y Pretel sobre Almansa y Albacete, con sus propios hallazgos sobre las poblaciones santiaguistas manchegas de la Mota del Cuervo y Quintanar de la Orden, que transcribe en anexos a manera de apéndice, y las que últimamente ha publicado Ignacio de La Rosa. De esta forma consigue trazar la biografía de uno de aquellos vascos que a principios del siglo XVI llegaron a la Mancha en busca de trabajo de su especialidad, la construcción en piedra, en las muchas iglesias -de salón, casi siempre- que por aquellos años se estaban construyendo o erigiendo sobre otras de materiales pobres. Aunque, por mi experiencia, no conviene creer todo lo que se dice en las pruebas y pleitos de hidalguía, la documentación de Ignacio de La Rosa nos presenta a un hidalgo, natural del lugar vizcaíno de Ispáster, no lejos de Laqueitio, que en 1510 -probablemente antes- ya estaba trabajando en La Mota del Cuervo, donde se casaría y tendría a sus hijos, Pedro y Juan López de Chavarrieta, el menor de los cuales parece ser el mismo que trabaja con Luna en las iglesias del Campo de Montiel. Después será llamado a dirigir las obras de las nuevas iglesias de San Juan de Albacete y La Asunción de Almansa, así como Santiago de Quintanar de la Orden, donde tuvo problemas con el Ayuntamiento, que le hizo deshacer y rehacer el trabajo. Igualmente los tuvo en

Albacete, con el enfrentamiento entre los regidores, el vicario y el representante del común de vecinos a cuenta del desvío de los fondos precisos y otros inconvenientes, que impidieron cubrir la capilla mayor, como él recomendara, y a la larga provocaron su ruina. Pero antes, en 1537, falleció maese Pedro al caer de un andamio cuando dicha capilla estaba ya acabada. Su tasación, a cargo nada menos que del maestro Jerónimo Quijano y Francisco de Luna, provocará un escándalo, aún incrementado cuando algunos proponen traer a Vandelvira, del que otros advierten que es el yerno de Luna, y por tanto parcial a favor de la viuda, y otros muchos debates, al final de los cuales la iglesia se hundirá, como es bien sabido.

En resumen, se trata de un trabajo de interés no local -que también, por supuesto, pues se trata de la iglesia del pueblo- sino mucho más amplio: regional, como mínimo, pues se trata de templos de por lo menos tres de las cinco provincias de Castilla-La Mancha; y de un gran valor para el estudio del gótico tardío y el Renacimiento. Y por si fuera poco resuelve varias dudas sobre la identidad de este Maese Pedro, que era desconocido hace apenas dos décadas, y que ahora se revela como uno de los maestros mejor documentados de nuestra geografía. Enhorabuena a Lillo, y a la Mota del Cuervo, por su publicación.

Aurelio Pretel Marín



Francisco José Rodríguez de Gaspar

El enigma de la espada de san Pablo

Ed. Almuzara, Córdoba, 2018

Gil de Albornoz, Pedro Tenorio, Francisco de Quevedo, Benito Pérez Galdós, Gregorio Marañón, el cardenal Tarancón, Francisco Franco... Todos ellos son figuras tremendas de su tiempo, con una importancia histórica irrefutable y muy poco en común. Su único punto de encuentro es el denominado Cuchillo de Nerón o Espada de san Pablo, una reliquia a la que se le atribuye la decapitación del apóstol San Pablo y que termina llegando a Toledo a finales del siglo XIV.

Es adorada durante cerca de cinco siglos entre los muros del extinto monasterio jerónimo de La Sisa y termina perdiéndose durante la Guerra Civil. Franco organizó dos búsquedas para encontrar la presunta espada sagrada, en 1950 y en 1967. El dictador estaba obsesionado con el arma, para él un auténtico objeto de poder que le ayudaría en el gobierno de la patria. Una

El periodista e investigador Francisco José Rodríguez de Gaspar (redactor-jefe de *La Tribuna de Toledo*) divide esta obra en tres grandes bloques. Por un lado el análisis de la tradición oral y el atribuido origen de la espada como reliquia paulina, por otro su registro continuado en la historia de Toledo desde 1551 y por último las investigaciones que desde 2016 ha realizado personalmente de cara a unir las piezas de este apasionante puzle. ¿Qué pasó realmente con el Cuchillo de Nerón? ¿Por qué Franco lo buscó incansablemente? ¿Lo encontró realmente? Muchos interrogantes que encuentran respuesta en las páginas de este ensayo.

Web editorial



Publican un monográfico sobre el yacimiento arqueológico del Cerro del Bú. En la publicación se presenta como «el origen de Toledo»

La alcaldesa de Toledo y presidenta del Consorcio, Milagros Tolón, ha presentado a los medios de comunicación en los jardines de la Iglesia de San Lucas el nuevo monográfico editado por esta institución en el que se recogen los hallazgos y los estudios realizados durante la última intervención en el yacimiento arqueológico del Cerro del Bú en el periodo 2014-2015.

Con esta publicación, ya son seis los monográficos editados por el Consorcio de la Ciudad de Toledo con el objetivo de dar a conocer los proyectos realizados y las intervenciones, rehabilitaciones y recuperaciones del patrimonio en la capital regional. La alcaldesa, y presidenta de esta entidad, ha estado acompañada por el gerente de la institución, Manuel Santolaya; así como por la directora de Gestión Patrimonial del Consorcio, Soledad Sánchez-Chiquito, y el arqueólogo, Juan Manuel Rojas.

Milagros Tolón ha destacado que con la recuperación de los monográficos -el último se editó en 2009 sobre mezquitas- se da un paso más en la divulgación del patrimonio, el arte y la historia local. «Deseo que esta publicación sea útil desde el punto de vista de la investigación, de nuestros historiadores e investigadores, porque estoy convencida de que su contenido va a ser muy provechoso para quienes buscan esa información académica y científica, y también para quienes se acercan a conocer el yacimiento y las vistas que desde allí se tienen de la ciudad», ha dicho la alcaldesa.

La responsable municipal ha tenido palabras de agradecimiento para todas las personas que han participado en esta edición «apoyando estos estudios que hacemos de manera sistemática y que van a continuar con nuevas publicaciones,

porque los que amamos el patrimonio tenemos como misión la divulgación del mismo».

En este sentido, Milagros Tolón ha subrayado la importancia de la excavación arqueológica realizada en este yacimiento, siendo una de las primeras intervenciones que visitó en sus primeras semanas como alcaldesa de la capital regional. «El Cerro del Bú siempre ha estado ahí, sin embargo era muy poco lo que sabíamos de él. Ahora, ponemos sobre la mesa un amplio conjunto de estudios, que desde disciplinas diversas aportan luz sobre el yacimiento, invitándonos a recorrerlo y comprender mejor los trabajos realizados».

Nuevo número de *Archivo Secreto*

La alcaldesa ha avanzado que desde el Ayuntamiento, y con la colaboración del Consorcio, trabajan ya en la edición de un nuevo número de la revista *Archivo Secreto*, que se presentará en los próximos meses, al igual que en el séptimo monográfico, una publicación que versará sobre los últimos hallazgos de época romana en el entorno de la plaza Amador de los Ríos.

Por su parte, el gerente del Consorcio se ha referido a la primera excavación realizada en el Cerro del Bú a principios del siglo XX por Manuel Castaños y Montijano, así como a las excavaciones dirigidas por Juan Pereira y Enrique de Álvaro entre los años 1980 y 1988; precisamente desde entonces no se había vuelto a actuar en el yacimiento hasta la intervención que en 2014-2015 contó con los arqueólogos Juan Manuel Rojas y Alejandro Vicente, y el arquitecto Joaquín López.

Manuel Santolaya ha desvelado que la extensión del yacimiento supera los 15.000 metros cuadrados, con lo que duplica los

cálculos que se hacían hasta ahora, además de abordar la importancia patrimonial de este enclave desde el que, como ha recordado, se tomó la primera fotografía panorámica de la ciudad en el siglo XIX, refiriéndose al daguerrotipo encontrado en el año 2012 en el País Vasco, y que la Universidad de Castilla-La Mancha dio a conocer en el marco de la exposición 'Toledo en blanco y negro' en el edificio de Madre de Dios en 2017.

Por último, el arqueólogo Juan Manuel Rojas ha explicado que la intervención en este yacimiento arqueológico ha supuesto un hito en Toledo, porque se trata de un yacimiento emblemático para la ciudad, ya que en él se encuentra el origen de la misma, y porque ha sido un proyecto destinado a la adecuación de un espacio arqueológico para que sea visitable por la ciudadanía.

«Ha sido una intervención modélica, pues además de haber contado con un equipo multidisciplinar, bien coordinado, contó con técnicas novedosas en arqueología, produciéndose importantes avances que nos han permitido conocer mucho mejor cómo fueron los asentamientos humanos del Cerro del Bú tanto en la Edad del Bronce, entre los siglos XX y XV antes de Cristo, como en la Edad Media», ha explicado.

El monográfico 'Cerro del Bú, de poblado de la Edad del Bronce a fortaleza andalusí' se puede adquirir en las instalaciones del Consorcio de la Ciudad de Toledo en la plaza de Santa Domingo el Antiguo, y en el Centro de Gestión de Recurso Culturales 'Termas Romanas' en la plaza Amador de los Ríos.



Juan Ignacio Cortés

Lobos con piel de pastor

Ed. San Pablo; Madrid, 2018

El escándalo de los abusos sexuales de menores dentro de la Iglesia católica fue definido por Benedicto XVI como la mayor crisis de la institución desde la reforma protestante. Lo que comenzó como un leve rumor sobre algunos sacerdotes más cariñosos de lo debido en Estados Unidos, se reveló con el tiempo un complejo entramado de horror y silencio en el que jugaban un papel esencial centenares de sacerdotes abusadores, miles de víctimas y una jerarquía eclesiástica que no quiso darse por enterada y que trabajó duro para ocultar los abusos creyendo así defender la reputación de la Iglesia. Con su actitud solo consiguió agrandar el abismo de dolor en el que habían caído las víctimas.

El dolor (y el coraje) de esas víctimas es el núcleo de la historia que cuenta *Lobos con piel de pastor*, libro que acaba de publicar la Editorial San Pablo y del cual soy autor (confieso que escribir esto me causa rubor, pues el libro no existiría si no fuera por la insistencia de M^a Ángeles López, la valiente directora de esta editorial católica; la generosidad de Javier, F. L., Emiliano y Daniel, víctimas que me permitieron asomarme a su dolor para poder contar esta historia; y de la sabiduría de gentes que han abordado el tema antes que yo como la periodista Irene Gómez, la criminóloga Gema Varona y el sacerdote y canonista Gil José Sáez).

Los primeros indicios de la tormenta que tanto ha hecho zozobrar la nave de la Iglesia datan de los años cincuenta. En los noventa había estallado con una notable virulencia que tomaría fuerza de huracán con el comienzo del milenio y que dejaría maltrechas las estructuras de la Iglesia en Estados Unidos, Irlanda, Australia, Austria, Alemania, Bélgica, Holanda... Esas estructuras siguen más o menos intactas en países como Italia o España, en donde los expertos sospechan que existen cientos o miles de víctimas que sufren en silencio un horror que para ellos es constante, que les pudre el alma y que ha condenado a muchos a una vida de desesperanza, drogas, sexo atormentado, incapacidad de recibir afecto...

Es cierto que ese horror no sólo se vive en el seno de la Iglesia. Se da en las familias, en los clubes deportivos, en las escuelas. Es un horror al que no queremos mirar cara a cara, que tendemos a ocultar en el fondo de nuestro inconsciente individual y colectivo. Pero en el caso de la pederastia dentro de la Iglesia el horror tiene connotaciones particulares, pues es ejercido por sacerdotes.

Aquellos que para los católicos son la representación de la pureza y el bien absoluto que es Dios se transforman ante los ojos de la víctima en la encarnación de un mal total que destroza sus vidas. El

propio papa Francisco ha descrito los actos de pederastia como un “sacrificio diabólico”. Marie Collins, una víctima de abusos irlandesa describía esta contradicción con una frase demoledora: “Las mismas manos que te dan la comunión se introducen en tu vagina al día siguiente”. Cuando tras algunas reticencias asumí el encargo de M^a Ángeles López para escribir este libro sabía poco de una historia que reúne todas las características de una tragedia de Shakespeare: religión, ideales, traición, sexo... Cuando me fui adentrando en los meandros de lo sucedido me di cuenta de tres cosas: el territorio del dolor es mucho mayor de lo que pensaba; ningún libro en español contaba la genealogía y el desarrollo de la crisis; poca gente se ha preguntado en público qué pasa en España.

Respondiendo a estas tres cuestiones, Lobos con piel de pastor pretende contar la historia y trazar un mapa no exhaustivo – sería imposible, pues los abusos de menores dentro de la Iglesia católica son un fenómeno tristemente global– de la crisis de la pederastia eclesial para después preguntarse qué está pasando en España y examinar cómo la Iglesia está abordando la cuestión en nuestro país. La primera pregunta resulta difícil de responder. Hay todavía mucho silencio en torno al tema.

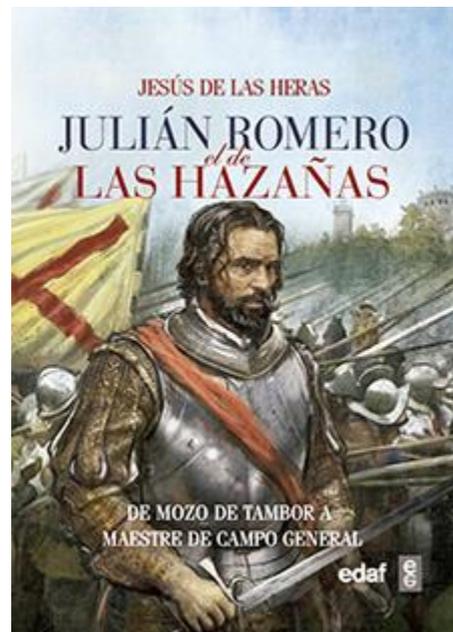
La segunda tiene una respuesta tristemente desalentadora: La Iglesia española tiende a ignorar el tema y no han puesto en marcha mecanismos de prevención de los abusos y de atención a las víctimas –pocas o muchas, sabemos al menos de medio centenar cuyos casos han trascendido a la esfera pública– que se sienten ignoradas, maltratadas y engañadas por una Iglesia que un día vieron como madre. Esto debe cambiar cuanto antes. Ojalá que no sea necesario que un día el Papa llame a Roma a nuestros obispos para preguntarles qué han hecho de sus hermanos víctimas de abusos y castigarles de cara a la pared como ha hecho con los obispos chilenos porque se

han lavado las manos de la sangre de víctimas inocentes

F.L., una de las víctimas españolas con las que tuve el privilegio de hablar, le decía en una carta al Papa Francisco que hemos llegado a un momento en el que “sobran las palabras y faltan hechos”. No puedo estar más de acuerdo.

Juan Ignacio Cortés Carrasbal (Guadalajara, 1970) es periodista y responsable de prensa con amplia experiencia en el campo del desarrollo y los derechos humanos, Ha trabajado para organizaciones internacionales como FIDA –agencia de Naciones Unidas especializada en desarrollo rural–, Amnistía Internacional y Cáritas.

Juan Ignacio Cortés Carrasbal en El hexágono de Guadalajara 17-VI2018



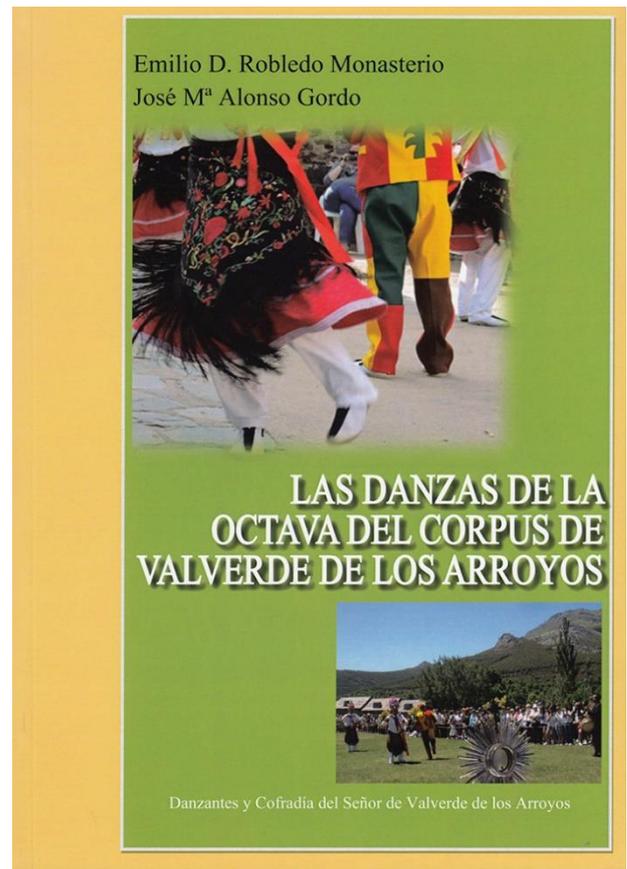
Jesús de las Heras
Julián Romero el de las hazañas
de mozo de tambor a maestre de
campo general 1518-2018

- **Editorial EDAF :**
- **Madrid. 2018 302 pags.; 25 €**
- **ISBN: 978-84-414386-5-1**

¿Se acuerda alguien del conquense Julián Romero de Ibarrola? Nació hace cinco siglos. Fue uno de los soldados españoles más famosos del siglo XVI. Un hombre que, desde su adolescencia, pasó la mayor parte de su vida junto a la muerte, matando en la lucha y evitando ser muerto. Dicen que vivió con honor y valor hasta el último día. Fue muy apreciado por la mayoría de quienes lo conocieron, admirado y temido por sus hazañas. A pesar de graves episodios como una matanza en Naarden (Holanda) en 1572 o el incendio de la ciudad belga de Amberes en 1576, sobre los cuales aún se debate su grado de responsabilidad, es tratado con respeto e incluso benevolencia por los historiadores, incluidos los holandeses. Participó decisivamente en las batallas de Pinkie Cleugh, San Quintín, Gravelinas, Malta, Jemmingen, Mons y Mook, entre otras, y estuvo a las órdenes del duque de Alba en los hechos de Naarden, Amberes y Bruselas.

Con 59 años era cojo, manco, tuerto y sordo de un oído, no había vuelto a pisar tierra española desde hacía doce años, había recorrido todo el escalafón militar —desde tamboril a maestre de campo general—, había luchado en todos los frentes europeos, su valor había sido reconocido en persona por Enrique VIII de Inglaterra y por Felipe II. Una vez más, reclamado por don Juan de Austria, reiniciaba el Camino Español desde Lombardía a Flandes. El 13 de octubre de 1577 cayó fulminado desde su caballo.

[Web de Marcial Pons](#)



*José María Alonso Gordo, y
Emilio Daniel Robledo
Monasterio*

*Las Danzas de la Octava del
Corpus de Valverde de los
Arroyos*

En esta ocasión, y a la espera de que el domingo salgan los danzantes ataviados a la clásica y colorista usanza, será festejado como corresponde el trabajo de dos valverdeños que desde hace muchos años han dado pruebas de su amor al pueblo, y resultados fehacientes de su trabajo meticuloso en cuanto a recogida de datos y elaboración de propuestas.

Las Danzas de Valverde

Lleva la fama Valverde de los Arroyos, merecida y bien anclada en el subconsciente popular además de por los paisajes y su aspecto serrano, por las **fiestas de la Octava del Corpus**.

Que son la que se celebran pasado mañana, por ser el domingo siguiente a la octava de la festividad del Señor, esto es, diez días justos después, siempre en domingo. Esta es la fiesta que centra todo el folclore, riquísimo y vario, muy peculiar, que posee este enclave de nuestra sierra.

A esta fiesta le dan vida el grupo de danzantes con su botarga. Son ocho en total, y portan una vestimenta muy peculiar, consistente en camisa y pantalón blanco, cuyos bordes se adornan con puntillas y bordados; en el cuello se anudan un largo y coloreado pañuelo de seda; el pantalón se cubre con una falda que llega hasta las rodillas (*sayolín*) de color rojo con lunares blancos estampados. En la cintura se coloca un gran pañuelo negro sobre el que aparecen bordados, con vivos colores, temas vegetales. El pecho y espalda se cruzan con una ancha banda de seda que se anuda a la altura de la cadera izquierda. Los brazos se anudan también con cintas rojas más estrechas, y en la espalda, pendientes de una cinta transversal, aparecen otras múltiples de pasamanería. Sobre los hombros hay flores.

La cabeza se cubre con un enorme gorro, que se adorna con gran cantidad de flores de plástico, presentando en su parte frontal un espejillo redondo. Quizás sea ese, por fijarnos en algo en particular, el más característico de los elementos que les subrayan. Calzan sus pies con alpargatas anudadas con cinta negra. Les acompaña «el botarga» ataviado con un traje de pana en que alternan los colores marrón, amarillo, rojo y verde. En la cabeza una gorra compuesta de varios trozos de tela dispuestos radialmente, rematados en una borla roja.

Finalmente, forma también parte del grupo el «gaitero». Ataviado con traje de fiesta, de chaqueta y pantalón oscuro, corbata discreta y camisa blanca, sin tocar, cruzando el pecho gruesa correa de la que pende el tambor, y sujetando en su mano derecha el palillo, y en la izquierda la flauta o «gaita», pieza metálica de

agujeros hecha con el cañón de una antiquísima escopeta.

La fiesta comienza con una misa, a la que asisten los danzantes, sentados en el presbiterio, y tocados con sus gorros ante el Sacramento que porta el sacerdote, bajo palio, escoltado de los danzantes, el botarga y el resto de los hermanos de la cofradía. En la plaza Mayor se expone el Sacramento, sobre una mesa y ante una casa, que forma el «monumento» de colchas y flores rodeado. Luego suben hasta la era, un alto prado sobre el pueblo, rodeado de las altas montañas entre las que destaca el poderoso Ocejón, y allí danzan ante el Sacramento varias veces, formando el baile de «la Cruz», que se ejecuta al son del tambor, la flauta y las castañuelas que hacen sonar los propios danzantes. Luego se baja a la plaza, y allí se ejecutan otros bailes rituales: «el Verde», «el Cordón», «los Molinos» y «la Perucha», de paloteo y cintas, de gran belleza plástica, acompañadas del monótono y peculiar sonido del músico. Entre una y otra danza se realiza la «Almoneda» de las roscas, que van colocadas en una especie de árbol gigante.

El libro que se presenta

Un total de 372 páginas forman estas "*Danzas de Valverde de los Arroyos*" en formato de un libro grande, de 17 x 24 cms., cargado de cientos de fotografías en color. Se complementa con extraordinarios dibujos de Angel Malo Ocaña, que presiden el inicio de cada capítulo, y lleva un prólogo cargado de sabiduría firmado por Joaquín Díaz, uno de los más reputados entendidos del folclore español.

Empieza el texto con una situación al lector del lugar en que se centra la acción: "*Nos encontramos en un pueblo escondido entre las laderas del pico Ocejón, a 1.255 metros de altitud, y rodeado de cumbres...*" Ya solo con echar un vistazo al Índice, el lector se percata de la amplitud del tema y de la meticulosidad de su estudio. Nada ha quedado fuera de la lupa de los autores. que bordan la

obra por dos caminos: el de ser naturales de Valverde, y haber crecido entre el sonido de los instrumentos serranos, y el de ser rigurosos analistas de la fiesta que tratan, en la que llevan de un modo u otro comprometidos toda su vida.

Así empiezan con "La Octava del Corpus" a hacer un análisis de la fiesta de Valverde y de otras similares, haciendo por ejemplo alusión al nombre popular de "Coronados" que se le daba a los cofrades.

Sigue luego el capítulo de "Las danzas rituales" de origen medieval y las analizan una por una. Allí aparecen las danzas de castañuelas, la danza de la Cruz, El Verde y El Cordón, siguiendo luego la relación de danzas de cintas y finalmente las danzas de palos: "El Capón", "los Molinos" y "La Perucha" de la que transcriben letra y música. Dicen al lector cuanto saben de las danzas perdidas, y de las danzas parcialmente recuperadas, como "El Garullón" y "Las Campanillas".

Ponen el foco seguidamente sobre el grupo de los danzantes: el gaitero, el botarga, el registro, los danzantes propiamente dichos, y los niños danzantes. Hay referencias genealógicas, nominales, entrevistas a los que permanecen vivos... y en general se constituye esta parte del libro en una vibrante demostración de cariño y admiración por estos protagonistas.

Luego se adentran los autores en la descripción del "Vestuario y accesorios de la danza", con profusión de fotografías y dibujos, todo en color. Terminando con una historia y relación de acontecimientos en los tiempos actuales.

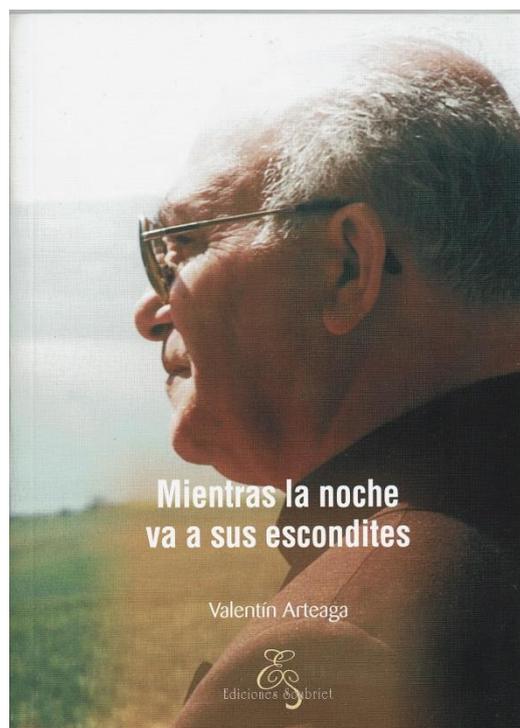
Finalmente nos ofrecen un interesante estudio, quizás la parte más valiosa del libro, en el que se viaja a la comprensión de otras danzas, en la Región, en la provincia, en la Serranía, con utilización de flores, de

cintas y espejuelos, más el tamboril, la gaita y la dulzaina, la conexión con el folclore segoviano, etc.

Un amplio repertorio de referencias de hemeroteca, con comentarios de otros escritores, más las conclusiones y una exhaustiva bibliografía sirven para redondear esta obra que no dudo en calificar de definitiva, porque es imposible aportar ni un solo dato más en torno a estas "Danzas de la Octava del Corpus de Valverde de los Arroyos" que añaden este año el interés de cumplir nada menos que 450 años de la fundación de su Cofradía.

Una ocasión de volver a Valverde, y una posibilidad de adentrarse en el conocimiento definitivo, completo, asombroso, de estas danzas y de las gentes que las hicieron posibles.

**Antonio Herrera Casado Nueva Alcarria,
junio 2018**



**Valentín Arteaga: Mientras la
noche va a sus escondites**

Eds. Soubriet, Tomelloso, 2018

Desde la estela de un paisaje de soledad bajo el cielo de la fe y la creación poética llega un nuevo libro de poesía de Valentín Arteaga; poeta de larga trayectoria y experiencia, propiciado por el conocimiento de la continuidad en la siempre contracorriente de escribir. La poesía, la buena poesía, es una caricia para el alma. Es, ese murmullo instalado en la esquirla del espíritu que nos arremete y explora hasta donde la pluma del poeta está capacitada para abrir y calar en las arterias del corazón humano.

La poesía, ni ayer ni hoy, tiene demasiados seguidores: o sea, lectores que indaguen su mensaje para inquietar la rutina que aliena a la colectividad creando factores carentes de sinceridad e incluso, algunos de ellos, carentes de ética. Es por eso que ante la lectura de un buen libro de poesía, se debe escribir de ello sin ambages ni rodeos que, en muchos comentarios, son la cara oculta de la envidia o el no entendimiento del mensaje poético. El largo sendero recorrido por Valentín Arteaga en el panorama poético avala su altura y también el estar por encima de novedades poéticas que no siempre son acertadas, aun cuando se presume de cultura en focos culturales del momento.

Mientras la noche va a sus escondites es, como el mismo autor lo define “una antología totalmente personal”. Y como sigue explicándonos el poeta: “La gracia de entrar en el misterio es echarse al océano de Dios. Porque los poemas de este libro son el trasbordador que nos unen y enlazan con la magnitud de la creencia en un Dios Creador. Además de ser su verdad, su norte en la vida, al elegir ser un mensajero de la palabra evangélica como sacerdote católico con

el riesgo que ello implica en nuestra sociedad a contracorriente, donde la fe no es respetada por pedagogos que no respetan a los que la profesamos. Porque el lugar común de todos los poemas de este libro no es la mera búsqueda de la regla máxima del arte en el poema, ni la rebuscada metáfora de la voz poética sin otro cometido que la belleza verbal, es sobre todo abrirse, y abrírnos, a ese código combinado de experiencia poética y de fe a cuantos lectores recorramos y leamos cada poema del libro encontrando en ellos la multiplicidad de un poeta, Valentín Arteaga, en toda su esencia contemporánea y actual.

Mientras la noche va a sus escondites es un libro atemporal y se constata al leer en el poema “La sombra de mis manos” cuando el poeta dice: “Qué riqueza, Señor, ser tu mendigo, / tener necesidad de tu moneda. / Qué tuyo el corazón/ ahora que traigo/ tanta nada de mí.” Ese es el hondo sentir de todo este poemario. Consuela y se agradece la definición circundante de los salmos poéticos que jalonan las partes del libro; salmos de poesía castellana, donde el limpio lenguaje materno del poeta representa con silabas y letras su sentir singular y peculiar en cada uno de los poemas de esta particular antología. Antología por donde a través de su páginas acaece el sentir de un creyente en esta encrucijada por donde el escritor y poeta que es Valentín Arteaga, reflexiona el fluir de la vida. De ese tiempo transcurrido sin grandilocuencia, que para nada él necesita. Cada uno de los poemas tiene el porte y modales en el que se le reconoce al autor, versado en componer belleza en sus versos desde hace décadas en los muchos libros publicados en anteriores ediciones. Y que también en esta edición aparecen

algunos de esos poemas ya publicados junto a otros inéditos como estos versos del poema *Tantum Ergo*: también aquí el poema es canto arteguiano por donde todo el alma canta en giros miméticos procedentes de su vocación cristiana de larga trayectoria al servicio de la casa de Dios y de su iglesia; y que así expresa y escribe...” Nos sentamos contigo para aclarar las fuentes/ de estas manos que nunca sembraron manantiales; / que han rodeado todos los bordes del aljibe/ de la sed como un vaso que embriagarse anhelara. / La misa es como el Pozo de Jacob en la siesta./Nos subirán las aguas por el cauce del pecho,/ una lluvia de pájaros inundado la orilla/ del corazón reseco que te mira a la boca./Eres igual que un faro para los navegantes.” Así es el libro, semejante a una embarcación para vadear el río de la vida entre los meandros de sus poemas.

“Mientras la noche va a sus escondites” se compone de 43 poemas en dos partes, la primera llamada “De los labios al alma” La segunda “Las otras oraciones”. El prólogo es del P. Antonio Cabrera Olmedo, CR. Prólogo que analiza los poemas y su temática religiosa en un profundo estudio y que dice al lector: “Cuando la noche va a sus escondites” es la confesión de un alma libre y enamorada. Confiesa llena de emoción que es posible la esperanza para quienes no temen caminar en la noche.”

El autor, Valentín Arteaga, introduce al libro en un texto aclaratorio bajo el título “Unos postreros intentos de poética” donde establece, a modo de diálogo con el lector, el por qué, del nacimiento de este libro donde esclarece su pensamiento para penetrar con él, en su poesía,

asegurando que “El ser humano está hecho para la luz, y su lenguaje también.”

“Valentín Arteaga, un rastreador de claridades.” es el epílogo escrito por el escritor Pedro Antonio González Moreno, analizador de la Obra Literaria Arteguiana junto con la introducción de su nacimiento y posterior evolución humana y de su triple dimensión. “Tres dimensiones espirituales por las que él siempre ha sabido transitar desde su triple condición de hombre, de sacerdote y de poeta”, resume y cierra el libro.

Las ecuaciones personales sobre este libro, nos adentran en su lectura, aunque las observaciones y emociones derivadas de su posterior lectura, pertenecen al lector, que es a quien va destinado.

Editado por Ediciones Soubriet. Fotografía de Cubierta: Valentín Arteaga en el Monte de las Bienaventuranzas, de Alicia Valle. Publicado con la colaboración de Excmo. Ayuntamiento de Campo de Criptana Tierra de Gigantes.

Natividad Cepeda